

La cosecha de los ochenta en Centroamérica*

Juan Hernández Pico

Resumen

El comienzo de la década de los noventa parece estar muy marcada por el pesimismo y los presagios negativos. A comienzos de la década pasada, los pueblos centroamericanos estaban en efervescencia y el triunfo de la revolución popular sandinista se presentaba como la gran conquista del futuro realizada ya históricamente. Una década más tarde, ¿qué queda de todo ello? ¿Será que de tanta siembra laboriosa nada se ha cosechado? Una consecuencia tan desmovilizadora afortunadamente no responde a la verdad y no resiste a un análisis serio. Esto es lo que el autor demuestra en las siguientes páginas.

1. Derrota del sandinismo y regreso al terrorismo de Estado

Al comenzar a escribir la coyuntura de Centroamérica en 1990, parecería que se nos imponen las tintas negras y los presagios aterradoros. En Nicaragua, el modelo de la revolución popular sandinista no resistió la prueba de fuego de un segundo proceso electoral en una década. Sus errores y el despiadado y complejo acoso de Estados Unidos lograron que el pueblo nicaragüense lo considerara, por el momento, como inviable. Los asesinatos de los jesuitas en la UCA de El Salvador mostraron que el sistema capitalista periférico y el militarismo imperialista que lo sostiene

no están dispuestos a tolerar un pensamiento libre, crítico, que dé razones a la esperanza de los pobres, proponiéndoles alternativas creativas. En las postrimerías del primer régimen civilista en veinte años, los militares en Guatemala desentuscaron una vez más su verdadero rostro, al desencadenar, clandestina y oficialmente, unos niveles de violencia cercanos a los que aterrorizaron al pueblo a comienzos de los ochenta.

Así, en los tres países centroamericanos en los que las alternativas revolucionarias han tenido más vigor, su vigencia se halla cuestionada por la envergadura de los costos que imponen al mismo pueblo, en favor del cual se plantean. A esto se

* Este artículo es una versión modificada de otro más amplio, "Centroamérica 90-91", que será publicado en *Envío*, en su edición extraordinaria de marzo de 1991.

viene a sumar el derrumbe del socialismo europeo y (a menos que los generales y los burócratas duros y aterrorizados del partido Comunista de la Unión Soviética ganen la apuesta a Gorbachov, lo cual sería una catástrofe aún mayor para ese país y para el mundo) la casi virtual desaparición de la Unión Soviética como contrapeso del imperialismo norteamericano en el tercer mundo. Con ello, la guerra fría, que en el primer mundo pierde su razón de ser, en el tercer mundo adquiere nuevos demonios que exorcizar: nuestros pueblos se metamorfosean en traficantes de la muerte (por la droga o el terrorismo), en miserables masas caóticas e ingobernables que amenazan las inversiones transnacionales y los recursos estratégicos naturales, y en invasores del medio ambiente metropolitano, al cual contaminan con una migración incontrolable.

La guerra del golfo pretende demostrar de una vez por todas quién manda en el mundo, en ese "nuevo orden mundial" naciente después del final de la guerra fría: Estados Unidos. Este país está reconquistando la Organización de las Naciones Unidas y legitimado, con su autoridad tergiversada, la herramienta de sus armas de elevada y fría tecnología para imprimir al mundo un nuevo desorden al servicio de una nueva fase expansiva del capitalismo consumista a finales del segundo milenio. La sociedad de la abundancia para las minorías mundiales no tiene hoy ningún competidor creíble. Los mismos migrantes del tercer mundo la reciclan hacia sus países de origen cuando, junto con sus remesas en dólares, envían también la imagen de la posibilidad de ser benditos por el "dios" de la abundancia.

¿Y los otros tres países del istmo? En Costa Rica no faltan luchas populares. Sin embargo, no han sido aún suficientes como para extender en el pueblo el desencanto de un modelo democrático, cada vez menos capaz de repartir bienestar social desde un Estado siempre más sometido al dinamismo de la privatización. En Honduras todavía sigue siendo eficaz la compra de dirigentes sindicales para dividir a sus organizaciones y frustrar su beligerancia. Continúa, además, la fragmentación de las cúpulas izquierdistas, incapaces de co-

nectar su ideología con las necesidades fundamentales del pueblo y aún poco preparadas para entrar en una lucha electoral y competir por la administración de la democracia. Cuando todo lo demás falla y surge potente la protesta popular, el ejército viene en auxilio de un poder civil que no puede afrontar la huelga, sino militarizando la producción.

El nacionalismo en Panamá aún no se ha recuperado de la inautenticidad y el desprestigio con que lo cubrió la delincuencia autoritaria de Noriega y de sus Fuerzas de defensa. El hambre y la expulsión de sus puestos de cientos de líderes sindicales han sido movilizados de masas en la ciudad de Panamá y en el campo. Entre los indígenas continúa un proceso de organización a largo plazo, desconectado, sin embargo, de la reivindicación nacionalista.

¿Qué queda, entonces, si al comienzo de los noventa hacemos un balance de una década que comenzó con nuestros pueblos en efervescencia y con el triunfo de la revolución popular sandinista? ¿Será que de tanta siembra laboriosa nada se ha cosechado? Una consecuencia tan desmovilizadora afortunadamente no responde a la verdad y no resiste a un análisis serio.

2. El 25 de febrero en Nicaragua: una derrota electoral liberadora

De la revolución popular nicaragüense, de la Nicaragua revolucionaria, experiencia de modelo a la vez que afirmación de utopía para el tercer mundo, queda, en primer lugar, una lección clara de los callejones sin salida por donde puede estancarse una revolución. Lo que no hay que hacer queda más claro que nunca: lo que no hay que hacer en una praxis histórica revolucionaria, que pretenda construir democracia en las bases de un pueblo así como asumir toda su creatividad económica y cultural. Aunque algunos intelectuales y analistas señalaron, en repetidas ocasiones, los elementos de esta lección antes de la derrota, lo liberador, ahora, no es que haya quienes los señalen, sino que el pueblo está mucho más claro que antes de lo que no hay que hacer. La lección se ha hecho fuerza social en las masas.

2.1. El principal objetivo revolucionario no es la toma del poder del Estado

El elemento fundamental de esta lección concierne al poder estatal. Un movimiento revolucionario o popular que teorice la toma del poder del Estado como captura de la plataforma más importante para impulsar cambios radicales en la sociedad, tarde o temprano se verá seducido y subyugado por el fetichismo del poder. Lo que esto quiere decir —hay que afirmarlo en seguida para no caer en la ingenuidad— no es que no sea importante manejar instrumentalmente al Estado para ir profundizando una revolución. Claro que es importante. Lo que esto quiere decir, en cambio, es que la prioridad otorgada a la toma del poder del Estado, llevará a ver en él al gran benefactor del pueblo y a adjudicarle todo el poder, aunque se lo bautice una y otra vez como “poder popular”. Se cegará así para ver en el Estado un instrumento ambiguo, capaz de enrumbar con la lógica de las mayorías los rumbos autónomos de asociaciones múltiples y pluralistas, surgidas en la sociedad civil, pero capaz también de suplantarlas, reduciendo su multiplicidad, uniformando su pluralismo y opacando su creatividad.

El problema es que así, el movimiento revolucionario se ideologiza indefectiblemente, haciéndose incapaz de tomar distancia crítica de la potencialidad ambigua del Estado en su base material —los aparatos de Estado— para producir diferenciación de clases sociales con un acceso al poder desigual y desigualizante, y para aplicar esta desigualdad por medio de mecanismos coercitivos y burocratizantes que minusvaloran y erosionan la participación popular, la democracia de base. La verdad es que la participación popular —el compromiso de las organizaciones populares libremente asociadas con la construcción de una mejor convivencia social, en relación autónoma con el Estado, y los partidos políticos y en conexión viva con el pueblo no organizado— es el valor fundamental revolucionario que hay en el poder. La participación popular es lo único que logrará paulatinamente hacer que el poder no sea dominación

de minorías. Indefectiblemente, el movimiento revolucionario, que se ciega a la ambigüedad del Estado, acaba por consentir en que el poder del Estado expropie ese valor y se convierta en un poder no democratizador, que aparece como “poder popular”, encubriendo su elitismo.

En Nicaragua, el sandinismo no se libró de la preferencia leninista por el poder del Estado como instrumento revolucionario privilegiado. Esto le hizo olvidar que Lenin, como se lee en el diario de sus secretarías, pasó los últimos años de su vida de enfermo obsesionado por cómo detener la creciente influencia de dos burocracias estatales, que empujaban al Estado revolucionario de los *soviets* (los consejos populares de obreros, campesinos y soldados) hacia el burocratismo autoritario. La burocracia heredada del zarismo y la desarrollada por el partido bolchevique, en su afán de poblar al Estado con sus dirigentes para asegurar la herramienta de su poder, atormentaron a Lenin hasta su muerte. Lenin vio el problema, pero no pudo resolverlo, obsesionado como estaba por su estrategia de que el partido dirigiera al Estado.

Esta misma obsesión también hizo al sandinismo pasar por alto que, para Marx, tan importante como encontrar el camino hacia la socialización (la democratización) de los recursos económicos era encontrar la ruta hacia la socialización (la democratización) del poder (como se puede ver ya en su tercera tesis contra Feuerbach y, más tarde, en su análisis sobre “La comuna de París” y en aquel otro sobre la “Crítica al programa de Gotha”).

Apropiación social de la producción (en realidad de toda la economía) y apropiación social del poder son dos procesos inseparables de todo proceso revolucionario auténtico y conexos con la producción de una hegemonía popular. Privilegiar el poder del Estado como instrumento revolucionario significa entender la socialización de los recursos económicos, preferente e idealmente, como estatización de la propiedad y también significa entender la socialización del poder, preferente e idealmente, como concentración estatal del poder.

La participación popular es lo único que logrará paulatinamente hacer que el poder no sea dominación de minorías.

Prescindiendo del contrapeso a los rasgos no democratizadores del Estado sandinista, representado por la estrategia del pluralismo político en la sociedad, no pocos nicaragüenses fueron interpretando el sandinismo como "opresor y totalitario", a partir de sus elementos no democratizadores. En el estudio de opinión pública postelectoral, realizado a los seis meses de la derrota del 25 de febrero, por el Instituto de Estudios Nicaragüenses, se descubre que así lo percibió el 46 por ciento de los que votaron por la Unión Nacional Opositora (UNO) y el 5 por ciento de los que votaron por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Esta constelación de significado ("opresor y totalitario"), según lo aclararon los investigadores por medio de la técnica de la discusión en grupos, enfocada con confianza sobre un tema, incluía, como contenidos concretos, elementos de control económico, de control militar y de control político e ideológico. Los grupos mencionaban, por ejemplo, la priorización del área de propiedad del pueblo (estatal) y de las cooperativas de producción, los bloqueos al comercio interior de los productos básicos, la obligatoriedad del servicio militar y la forma dura, y a veces injusta, como se aplicó, así como también la indoctrinación de los reclutas, la centralización sindical, la estigmatización de la crítica como reaccionaria o contrarrevolucionaria, los abusos de poder y la corrupción a través del favoritismo sectario.

De hecho, fue también el dominio del Estado, usado sin cautela, lo que facilitó al sandinismo, después de la derrota, adjudicar bienes del mismo Estado, en forma discutible y sospechosa, a personas particulares, dejando así que muchos nicaragüenses le atribuyeran un estigma de corrupción, que aún no ha sido ni aclarado ni borrado.

Nos hemos extendido en este punto del poder del Estado, porque lo consideramos crucial. En él se cifra la excesiva politización de los procesos revolucionarios y, desde luego —pese a todos los lemas liberales del Estado árbitro no interventor—, en él se cifran las diversas formas de dominación burguesa. De hecho, aún hoy, un año después del revés electoral, el sandinismo, a través del debate abierto con que prepara el primer congreso nacional del FSLN, considera, como princi-

pal finalidad de sus necesarias transformaciones, disponerse para reconquistar el poder del Estado en 1996. Con ello queda, y probablemente quedará, en un segundo plano, durante cerca de seis años, el servicio revolucionario que el sandinismo puede y debe prestar al pueblo nicaragüense, si quiere ir profundizando su carácter popular revolucionario.

Se trata de aportar al crecimiento del pueblo como sujeto histórico en todos los niveles, el económico, el político, el cultural y el internacional, de manera que vaya construyéndose como verdad social la estrategia de que "se gobierne a Nicaragua desde abajo", es decir, desde una concepción de participación popular que asegure una práctica democrática en las bases mayoritarias del pueblo. Si así se hiciera, estos seis años no tendrían que pensarse como una transición entre dos períodos revolucionarios, sino que se verían cargados de posibilidades históricas para ir profundizando un mismo período revolucionario en otra fase de su historia. Si no se hace así, el objetivo fundamental del FSLN para 1996 —tomar de nuevo el poder del Estado— no se diferenciaría mucho del electoralismo con que sobreviven los partidos de las democracias burguesas en los períodos interelectorales.

2.2. Entre partido leninista de vanguardia y pluralismo político, sí hay contradicción

Un segundo elemento importante de lo que no debe ser una praxis revolucionaria nos lo entrega la experiencia de esta década sandinista, cuando miramos al carácter del FSLN como partido revolucionario. No necesitamos ya extendernos tanto. Estrechamente unida a la concepción del Estado como poder revolucionario propiamente tal está la concepción del partido revolucionario como vanguardia de la alianza social de clases, cuyos intereses mayoritarios van a ser privilegiados en el proceso revolucionario. El sandinismo se enredó en una contradicción importante entre una concepción de la sociedad como económicamente compleja (economía mixta), políticamente diversa (pluralismo político) y culturalmente libre y creativa (hegemónica y no coercitivamente popular) y una concepción del partido, forjador de este pro-

grama revolucionario, como “comité ejecutivo” de la clase social única y auténticamente revolucionaria —comité ejecutivo fundido con el Estado—, es decir, como una organización vertical con tendencia a unir el poder y la propiedad, con el poder absoluto concentrado en una dirección nacional, regional y de base no electa, y con la identidad cultural de ser la incuestionable reserva de la “conciencia” revolucionaria, el único conocedor auténtico de las estrategias y de las tácticas revolucionarias.

Democracia para la sociedad y dictadura en el partido no son compatibles. Una u otra acaban por imponerse en la sociedad y en el partido, o, a lo más, acaban produciendo híbridos de poca calidad y contradicciones irresolubles. Mientras se considere al poder del Estado como el mejor instrumento revolucionario, la complejidad de un Estado, que se piensa debe estar en todas partes y actuar a todos los niveles de la sociedad, rivaliza con la complejidad de la sociedad civil, en cuyas articulaciones todas sí está el pueblo. El partido se ve, entonces, ante la alternativa de tener que escoger entre dedicarse a llenar los puestos necesarios para controlar el Estado o dedicarse a ser un fermento de la organización popular en medio de las masas. Es la diferencia entre partido-destacamento de vanguardia y partido-movimiento social de masas. Este segundo miembro de la alternativa saldrá siempre perdiendo.

Una organización que no se diferencia claramente del Estado no tendrá que buscar en otra fuente la razón de por qué obstruye, paulatinamente, los canales por los cuales le deberían llegar, desde las bases, las aspiraciones del pueblo. El Estado burocratizó al FSLN como todo Estado burocratiza a todo partido que se identifica con él, dejando así de ser un movimiento social, continuamente renovado desde su identificación con las mayorías populares y dedicado a fomentar en ellas sus organizaciones autónomas. El FSLN, “comité



ejecutivo” de una clase social en el Estado, perdió, en su praxis histórica, la complejidad dialéctica que tenía en su composición como frente-partido. No alcanzó a llegar a ser parco y cauteloso dirigente de un Estado condensador de intereses generales de muy diversos grupos sociales y sintetizador, a la vez, de las aspiraciones de las mayorías populares, como seguidor de una lógica de las mayorías en sus organizaciones autónomas y descubridor acucioso de las aspiraciones no expresadas en formas organizativas, pero presentes en el seno del pueblo.

2.3. El desarrollo no lo hacen los grandes proyectos, sino el refuerzo de grupos sociales ya productivos

El tercer elemento de una praxis revolucionaria

ria viciada, por cuyas rutas el sandinismo ha mostrado claramente que la revolución en Centroamérica y en otros países similares del tercer mundo se empantana, es la obsesión con el rápido avance en el desarrollo económico, a través de la preferencia por proyectos de industrialización demasiado ambiciosos. Estos proyectos exigen una tecnología relativamente avanzada, absorben cuadros técnicos y administrativos escasos y suponen financiamientos casi exclusivamente originados en los recursos externos y cuyo rendimiento es a muy largo plazo. La envergadura de estos proyectos y su lentitud en rendimientos productivos y financieros los hacen candidatos privilegiados para la estatización. Su grandiosidad y el salto tecnológico, que implican en nuestros países, confieren al Estado una especie de carácter creador casi de la nada. Prácticamente lo cuasi divinizan, porque no olvidemos que "la creación de la nada" pasa por ser uno de los atributos de la omnipotencia.

En estos proyectos, el Estado, concebido como instrumento revolucionario fundamental, se engrandece aún más. Por su mediación, los revolucionarios se sienten capaces de manipular, creadora y prácticamente, en cualquier dirección, pero siempre hacia "el progreso", el mundo de la economía. El fetichismo de las fuerzas de producción encubre en el mito del progreso —mito que un cierto marxismo-leninismo comparte con el liberalismo— la realidad de las relaciones sociales de producción. Poco a poco se va olvidando que las personas y sus relaciones sociales (que hay que transformar tendencialmente hacia relaciones comunitarias) son el centro de la economía. Se olvida también que los pueblos sólo pueden transformar la base material de su existencia partiendo de lo que tienen ya y de lo que ya saben, y asimilando paulatina y críticamente lo que, además, otros pueblos han desarrollado y experimentado ya.

El sandinismo, en cambio, especuló con la creación de un eje de acumulación estatal gigantesco (relativamente a nuestras proporciones) y descuidó el refuerzo sólido y constante de los grupos sociales ya productivos más importantes del país: el campesinado, la pequeña industria y la agroexportación tradicional de café y ganado.

2.4. No se trata de defender la alta intensidad tecnológica, sino de crear un alcance popular profundo

En la respuesta a la guerra de agresión, suscitada por Estados Unidos, tenemos el cuarto elemento por donde se encajonó la revolución nicaragüense en una salida demasiado costosa. A la guerra de baja intensidad, peleada por Estados Unidos en todos los campos, pero especialmente en el acoso a la economía y en el desprestigio propagandístico de la revolución como totalitaria, atea y antioccidental, el sandinismo respondió con una defensa militar de alta intensidad tecnológica. Esta defensa, que trabajó, además, muy articuladamente el campo diplomático con una gran imaginación, descuidó su retaguardia popular. No invirtió en la seguridad y en el fomento de la economía del campesinado, en cuyo terreno se peleó sobre todo la guerra, y subestimó el respeto a la cultura popular, convocando a un servicio militar, extremo en su obligatoriedad y deficiente en su voluntariedad, a pesar del heroísmo admirable de tantos jóvenes que sí fueron voluntarios. Fracásó también porque no pudo penetrar a fondo en el simbolismo religioso, principal cauce cultural de la identidad nicaragüense, tanto en el campo como en las zonas populares urbanas. Aunque "se pegó" al enemigo y, en gran parte, al terreno, no consiguió éxitos similares en la tarea de "pegarse" a las mayorías populares en toda su rica complejidad.

2.5. No enfrentarse a la Iglesia, ni aguijonear a Estados Unidos

Frente a las enormes sospechas y a los desproporcionados temores que todo proceso revolucionario genera en la Iglesia católica y en el imperialismo norteamericano —"nuestra paranoia anticomunista (ha escrito el ex senador Fullbright) nos impide constatar si podemos o no convivir con las revoluciones"—, el sandinismo mostró un quinto elemento que señala por qué rutas no debe adentrarse la praxis revolucionaria en países demasiado cercanos a Estados Unidos y de una cultura, cuyo simbolismo predominante es religioso y católico. La pérdida de paciencia frente a las incomprendiones y aún frente a la agresividad de la jerarquía

católica supuso un costo demasiado elevado entre mucha parte de la población, para la cual la percepción de lo sagrado en la jerarquía es una de las fuerzas simbólicas en las que se constela su cultura.

El exceso de retórica antinorteamericana y la minusvaloración de la masividad combinada con sutileza de la guerra de baja intensidad obligaron al sandinismo a tensar la cuerda del nacionalismo, exigiendo a este otro componente cultural nicaragüense reacciones de resistencia sobrehumana. Según el estudio postelectoral, ya citado, el 50.8 por ciento de los entrevistados declararon que es “un error para un pequeño país de Centroamérica intentar enfrentarse a la política norteamericana” — así respondieron el 64.2 por ciento de los votantes de la UNO y el 32.6 por ciento de los que votaron por el FSLN.

Nótese que hemos hablado en estos dos terrenos de deficiencias y de excesos. En ningún momento hemos propugnado claudicaciones o sumisiones indignas.

2.6. Necesidad de una política nacional, coordinada regionalmente

Finalmente, la concentración del sandinismo revolucionario en la defensa del poder del Estado nacional nicaragüense no permitió liberar energías populares para coordinar todos los esfuerzos revolucionarios a nivel centroamericano.

Si en 1980, por ejemplo, se hubiera ofrecido trabajo y tierra en Nicaragua a los cientos de miles de salvadoreños que empezaban su éxodo, huyendo de la represión, es probable que la revolución nicaragüense se habría fortalecido con la cultura salvadoreña del trabajo y que muchos salvadoreños habrían tenido una experiencia de construcción revolucionaria de incalculables efectos. Claro que no habría sido fácil combinar los talentos de dos pueblos tan diversos sin tener que limar asperezas incontables veces.

Por otro lado, es al menos dudoso que ignorar diplomáticamente —en el marco de Esquipulas, por ejemplo— la brutalidad del régimen guatemalteco haya sido la decisión política que más margen para negociar haya dado al sandinismo.

Mientras el imperialismo norteamericano ha tenido en Centroamérica una política centroamericana, nosotros creemos que no ha habido, a partir de las condiciones creadas por el triunfo de la revolución nicaragüense, una elaboración suficiente de una política regional revolucionaria con base popular. Una vez más también aquí el sandinismo no supo contrapesar suficientemente su carácter estatal con su carácter popular revolucionario. Sin estrategias regionales, revolucionarias y populares, que tomen en cuenta la variación histórica de las coyunturas —por ejemplo, el revés electoral del FSLN—, no son de extrañar los enredos tácticos que el último incidente entre el Ejército Popular Sandinista y el FMLN ha mostrado, aunque éste haya sido solucionado en una forma tan imaginativa.

3. Los grandes aciertos revolucionarios

Demos ahora vuelta a la página y concentramonos en lo que, a nuestro juicio, fueron grandes aciertos revolucionarios o populares en los ochenta.

Los caminos anteriormente criticados no parecen ofrecer, en el futuro, puertas de entrada a procesos de cambio que quieran viabilizar una alternativa popular y, por lo general, a largo plazo, revolucionaria para las mayorías populares centroamericanas. La experiencia nicaragüense nos lo ha ilustrado. A menos que se prefiera una adhesión “creyente” a la indefectibilidad e irreversibilidad de las “leyes de la historia”, reduciendo a errores subjetivos los fracasos históricos del socialismo europeo o el revés electoral de la revolución sandinista.

No es este, sin embargo, el único legado de la década sandinista en Nicaragua. Hay muchos caminos abiertos que es preciso ensanchar. Y allá donde se sembró con lucidez y acuciosidad hay también una fecunda cosecha. Es preciso intentar hacer su inventario.

3.1. La dignidad ganada, un voto heroico

Se ha cosechado un avance notable en dignidad y en apego popular a la exigencia de profundización de cambios radicales. Esto, a pesar de

Y allá donde se sembró con lucidez y acuciosidad hay también una fecunda cosecha.

todas las explicaciones "políticas", es lo que muestra que el 41 por ciento de los nicaragüenses votaran por el FSLN con heroica coherencia. En una elección con la pistola al pecho se evidenció que la década sandinista ha creado un núcleo de decisión revolucionaria, en cuyo seno está construyéndose, pese a todos los vaivenes y no sin amenazas a su consistencia duradera, un nuevo sujeto histórico popular.

Parte del voto heroico —la elección tuvo un antes, un en y un después de ella— es la aceptación de los resultados del voto, que el partido sandinista gobernante asumió y sostuvo, haciendo triunfar en una decisión democrática su adhesión al pluralismo político de la sociedad por encima de su identidad de vanguardia. Parte también de la ponderación de ese voto heroico fue patrimonio de quienes, en el lado triunfador, reconocieron su victoria con mesurado realismo, es decir, como un cambio de gobierno dentro de un marco constitucional y no como un referendun ganado para hacer tabla rasa de diez años de historia.

En estas dos actitudes pivotó la posibilidad de consagrar en Nicaragua los fundamentos de la democracia, que incluyen la alternabilidad de diversas tendencias, dentro del pluralismo político, en el gobierno del Estado. En definitiva, la sangre de los mártires, la nacionalidad rescatada y comenzada a construir a fondo por la juventud alfabetizadora, los sacrificios asumidos popularmente y tantos otros avances profundos no fueron en vano. Muy al contrario, están en la entraña de un pueblo que ha comenzado a renovarse.

3.2. Sin el pueblo sandinista, no se pudo hacer ya nada

El año 1990 ha mostrado con evidencia que sin el pueblo sandinista no se puede ya construir nada en Nicaragua. Toca ahora defender a fondo esta ingerencia participativa del pueblo revolucionario en los asuntos nacionales y toca también enraizarla a mayor profundidad. Para ello es necesario, sobre todo, promover el surgimiento y el

encauzamiento de propuestas populares creativas a todos los niveles de la sociedad, especialmente al nivel de una mucho mayor madurez económica. Es indudable que no se podrá hacer esto sin organizaciones populares transformadas, tanto en la línea de una autonomía real frente al FSLN como en la de un abandono del verticalismo con sus bases y una atención mucho mayor al talante e iniciativas espontáneas del pueblo no organizado.

3.3. Una constitución, símbolo de la democracia

De la década sandinista, el pueblo ha cosechado una constitución política que afianza a Nicaragua como una democracia y le da un marco de derecho sobre el cual se puede construir una convivencia social civilizada. En este terreno sí se supo usar al Estado como instrumento, en principio, para fomentar el poder del pueblo. La misma consulta del proyecto de constitución en cabildos abiertos fue una experiencia inédita y notable de participación popular. Urge defender este marco jurídico, urge facilitar que el pueblo se vaya apropiando de este potencial simbólico.

No todo es perfecto en la constitución, obviamente. Mientras se trata de obstaculizar cualquier rodeo al espíritu de la constitución —factible sobre todo por el énfasis que la misma constitución exagera cuando crea un ejecutivo demasiado fuerte—, importa también ir preparando reformas constitucionales o cuerpos de leyes que desplieguen las virtudes de la constitución y mantengan la iniciativa jurídico-legislativa al alcance de las aspiraciones populares. Para el futuro habría que imaginar el mecanismo que institucionalizara una segunda cámara legislativa, surgida del voto directo de las organizaciones populares, laborales, culturales, étnicas, de género y de edad.

3.4. Estado pluriétnico y autonomía regional

La década sandinista ha dejado como legado el reconocimiento constitucional de que Nicaragua es un Estado pluriétnico. Ha consagrado también la autonomía de aquellas regiones en donde pre-

dominan indígenas y afroamericanos, sin por ello dejar de tener en cuenta que en ellas también existe una importante población mestiza. Se trata aquí de otro punto, en el cual, tras un desgraciado y conflictivo comienzo (relacionado con la supervaloración del poder del Estado y de su presunto potencial inequívocamente benefactor), el sandinismo supo usar el instrumento estatal para adentrarse pioneramente en el terreno de los derechos de las múltiples etnias que hoy pueblan América.

Al acercarnos a los 500 años del trágico desencuentro entre los dos mundos y del encubrimiento de la dominación del conquistado por el conquistador (del vencido por el vencedor), en la Nicaragua sandinista se ha comenzado a levantar la brutal hipoteca de la conquista. En este punto, la profundización de lo ya logrado se impone, tanto más cuanto que los "atavismos" centralistas (constelaciones culturales fuertemente tradicionales entre los que los costefios llaman "los españoles" del Pacífico nicaragüense) están ya resurgiendo en la clase política que hoy detenta el gobierno. Prueba de ello son las mezquindades presupuestarias con los gobiernos autónomos de las dos regiones atlánticas. El peligro se agrava por la equivocada creación de un instituto estatal para la Costa Atlántica, cuya dirección está en manos de un dirigente miskito, Brooklyn Rivera, casado con una concepción de la autonomía étnica y no regional. El caso es que la autonomía étnica tiene, en el caso de la Costa Atlántica nicaragüense, el peligro de acabar en dominación de otras etnias, dada su coexistencia territorial difícilmente superable. Es un peligro de caer en una dominación similar a la que el Pacífico ejerció sobre el Atlántico en Nicaragua.

3.5. Un ejército para el pueblo, sumiso a la autoridad civil

Ningún pueblo de América Latina o del tercer mundo desvalorizará

lo que significa que la década sandinista haya dejado tras de sí la herencia, por mucho que se la despoje de idealizaciones, de un ejército y una policía que, obedientes a la autoridad civil, han descartado el predominio militarista en nuestra sociedad. En menos de un año, un ejército de alrededor de cien mil personas se ha transformado en uno de menos de treinta mil. Pero menos aún subestimarán nuestros pueblos, tantas veces víctimas de la prepotencia de los ejércitos y las policías, que este ejército sandinista, en proceso de más profunda profesionalización, se haya comprometido a no volver sus armas nunca contra el pueblo.

A pesar de que el año 1990 ha sido testigo de un incremento de la polarización política de los nicaragüenses y no obstante que dos veces —en la



huelga sandinista de julio con barricadas y en el movimiento social ultraderechista de noviembre con bloqueo de carreteras— el gobierno ha sido desafiado por fuertes sectores del pueblo, ha sido con negociaciones en lo fundamental y no por las armas como se solucionaron ambos conflictos. Urge ahora defender el carácter popular del ejército y de la policía, y urge profundizarlo, sabiendo que esta desmilitarización va a contrapelo de las tradiciones centroamericanas.

3.6. El proceso de autonomía de las organizaciones populares

La revolución sandinista ha legado, además, un incremento enorme de organizaciones populares, sobre todo en el campo laboral. El revés electoral ofrece a estas organizaciones las condiciones políticas para ensanchar su autonomía y evolucionar marcadamente hacia una defensa de los intereses populares no enturbiada por su excesiva vinculación al Estado-partido. La democratización de las organizaciones populares debe seguir profundizándose y ampliándose más allá del terreno laboral, para que la sociedad civil vaya adquiriendo mayor consistencia. Por eso —ya lo hemos dicho— es necesario, dentro de ellas, ir reformando el verticalismo de su liderazgo, reflejo del que fue la norma de sus relaciones con el FSLN en el poder del Estado.

3.7. Profundizar la reforma agraria

En el terreno de la reforma agraria, el legado de la década sandinista es más profundo que en cualquier otra parte del continente. Urge en adelante defender y profundizar la reforma agraria, privilegiando sus dimensiones económicas más que las políticas y haciendo de ella un semillero de formas diversas de apropiación democrática de la tierra y de uso adecuado de tecnología. Urge sobre todo defenderla de un proceso de disolución, haciéndola resistente a las seducciones del mercado de tierras y, para ello, menos dependiente del crédito bancario, así como luchando para que, en su marco, se proteja sobre todo la producción, la tecnología apropiada, el acopio y el mercadeo del campesinado pobre.

3.8. Nuevo orden jurídico internacional, un importante precedente

De la década sandinista nos queda una batalla legal ganada para reafirmar el puesto de los países pobres y pequeños en el derecho internacional. También a este nivel, el sandinismo supo usar al Estado para plantear su caso con seriedad y dignidad ante la Corte Internacional de La Haya frente a Estados Unidos. La sentencia de la Corte, favorable a Nicaragua, puso al gobierno de Estados Unidos, que no quiso acatarla, en contradicción con su propia filosofía política de respeto a la ley. Se introdujo así un precedente revolucionario para un nuevo orden jurídico internacional, para la igualdad de todos los pueblos ante la ley, nunca más necesario de afianzar que en estos momentos, cuando amenaza el comienzo de un “nuevo orden mundial”, en el cual todos los estados e incluso la misma ONU queden a merced de los dictados de la única superpotencia en ejercicio, Estados Unidos.

3.9. Esquipulas: la reivindicación del espacio regional

La rápida alineación de las cumbres presidenciales centroamericanas con la política de Estados Unidos, una vez que el sandinismo dejó de ser gobierno, arroja luz sobre el hecho de que fue —esta vez sí, con un uso hábil de las posibilidades del Estado— la Nicaragua revolucionaria, más que Oscar Arias, la que abrió en Esquipulas un proceso de autonomía regional para los gobiernos centroamericanos frente a Estados Unidos. No hay duda de que este proceso fue parcialmente cooptado, obligándolo a funcionar muy sesgadamente para presionar en Nicaragua el canje por la paz de una oportunidad electoral truncada hacia la derrota sandinista. Pero ninguno de los otros procesos de negociación, hoy en curso en Centroamérica, sería concebible sin Esquipulas.

Su documento fundamental queda escrito como una especie de “segunda declaración de independencia”, fruto, principalmente, de la tenaz lucha popular e instrumento de presión para ser usado, nacional y regionalmente, por el pueblo. Entre los procesos útiles para ello, habrá que continuar

fomentando el proceso denominado "Esquipulas de los pueblos", con la misma tenacidad de la que son capaces las mayorías populares cuando una idea se hace fuerza social en ellas.

Esquipulas es parte de los inventos de recuperación, hechos por Nicaragua, de una visión bolivariana de América Latina (recuérdese Contadora). Es parte también de una política tercermundista, presente hoy todavía en la iniciativa de Daniel Ortega y Miguel D'Escoto en el golfo, que afirma —en el espíritu de Nyerere— la necesidad de una seria alianza entre los países del sur y de alianzas regionales que les permitan volver a diseñar equitativa y solidariamente este "nuevo mundo", dividido más que nunca entre el norte y el sur.

3.10. Pueblo de revolucionarios y pueblo religioso

Finalmente, no se puede pasar por alto que, a pesar de los enfrentamientos entre la revolución sandinista y la Iglesia católica a nivel de cúpulas, de cierta burguesía y ciertas capas medias católicamente neoconservadoras, de no poco pueblo católicamente muy tradicional y de ciertos cuadros sandinistas "cuadrados" en su antirreligiosidad, el sandinismo revolucionario se abrió también profundamente al cristianismo liberador. Ambos fueron mutuamente fecundados, ambos mantuvieron la capacidad para apuntar hacia la utopía y de criticarse mutuamente por sus realizaciones concretas en sus diversas prácticas. Ambos han sufrido con la derrota, porque es propio de auténticos revolucionarios y de cristianos con una síntesis vital entre fe y justicia priorizar en la historia las utopías sociales que necesita, para actuar, la imaginación esperanzada de los pobres.

Donde los pobres mantienen su carácter de absoluto, tanto el sandinismo como el cristianismo pueden vivir la derrota como fracaso liberador que, a la vez que causa un profundo sufrimiento, empuja a mejorar los caminos de la práctica para que los pobres accedan a condiciones de vida

humanizadoras. Bajo el punto de vista cristiano, ninguna derrota puede convertirse en derrotismo que bloquee seguir buscando soluciones de vida para los pobres. Estas soluciones deberán mirar siempre más lejos que sus realizaciones prácticas ambiguas. Es decir, en términos cristianos, deberán mirar hacia esa utopía cristiana que llamamos reino de Dios, o en términos no creyentes, hacia esa "patria donde nadie ha estado todavía".

4. Los frutos de la década en el resto de Centroamérica

La derrota electoral del sandinismo en Nicaragua ha sido el resorte más tenso que, disparado, ha provocado más preguntas desconcertadas y ansiosas en los pueblos centroamericanos. También las provoca en el resto de América Latina e incluso en los países tercermundistas de Asia y Africa, así como también en las minorías del primer mundo, solidarias con los esfuerzos del tercer mundo en su lucha por la vida. Existe una razón para esto. En toda su ambivalencia, ningún país, ningún pueblo del tercer mundo, ubicado además tan cerca de Estados Unidos, se atrevió nunca a resistir con tanta dignidad, por tanto tiempo, a los dictados del imperio, refrendados por una guerra agresora de baja intensidad.

Las preguntas, sin embargo, no son sólo nicaragüenses. La década de los ochenta ha visto también la lucha de otros pueblos centroamericanos o la frustración de sus causas más sentidas. ¿Qué queda de toda la lucha en El Salvador? ¿Qué cosecha se ha obtenido en Guatemala? ¿Qué futuro han sembrado las organizaciones populares en Honduras? ¿Qué ha sido del nacionalismo panameño? Y en Costa Rica, ¿qué ha sucedido? Es imposible seguir caminando sin obtener este balance.

4.1. En El Salvador: Monseñor Romero, profecía y política

En año de 1990 ha sido el de la celebración del décimo aniversario del asesinato de Monseñor

De toda la lucha de El Salvador ha quedado, en primer lugar, San Romero de América como paradigma exigente y consolador.

Romero, en el altar del hospitalito de cancerosos incurables, donde vivía. En muchas partes del mundo y, desde luego, en El Salvador, su memoria continúa viva. Como lo ha escrito el teólogo Jon Sobrino, se ha hecho ya "tradición", en el sentido fuerte en que el Corán, la Biblia, Mahoma, Jesús de Nazaret, Gautama Buda o la Virgen de Guadalupe son tradición de importantes segmentos de la humanidad. De toda la lucha de El Salvador ha quedado, en primer lugar, *San Romero de América* como paradigma exigente y consolador de lo que un líder cristiano puede hacer para sostener a su pueblo en su lucha por su liberación.

"Con Monseñor Romero Dios pasó por la historia" —escribió otro teólogo, Ignacio Ellacuría, también asesinado. En un mundo cuyos poderes dominantes usan cada vez más en vano el nombre de Dios para justificar sus exigencias de dominación y obtener la hegemonía del actual resurgimiento de lo religioso, en El Salvador surgió con nueva fuerza la verdadera postura creyente frente a la política. No se trata de una postura que le quita a la política su autonomía y la religioliza, fanatizándola. Se trata de aquella otra que le recuerda proféticamente, tanto su ambigüedad como sus ineludibles responsabilidades éticas. Una postura creyente auténtica, como lo fue la de Monseñor Romero, hace pasar a Dios por la historia, porque reconoce en la historia el lugar donde se juega la vida de los seres humanos, la vida de la tierra y la del universo, que son para Dios —en numerosas religiones— su gloria. Celebrar la memoria de Monseñor Romero es, por tanto, afirmar el valor absoluto de la lucha histórica del pueblo salvadoreño.

El año de 1990 ha sido también el siguiente año al asesinato de los seis jesuitas de la UCA de El Salvador y de sus dos compañeras del pueblo con ellos asesinadas. Estos jesuitas universitarios hicieron de la universidad una fuerza social al servicio de la humanización del conflicto salvadoreño. Llenaron la universidad de una enorme capacidad imaginativa para buscar caminos hacia la negociación y la paz. Analizaron con precisión las posiciones negociadoras y siempre las confrontaron con el objetivo que debían conseguir para afianzar la paz, es decir, con el diseño de una

sociedad que extirpara la injusticia y la violencia estructurales, raíces de la guerra.

En este año que ha seguido a su muerte es asombroso constatar que la indignación provocada por su asesinato ha tenido alcances mundiales, que han contribuido a hacer de los objetivos de su vida metas asumidas por fuerzas sociales de todo el mundo. En Estados Unidos, la conciencia de la futilidad de esperar que los militares salvadoreños suavicen su brutalidad y renuncien a su impunidad, mientras sigan recibiendo ayuda militar, se ha abierto camino. La muerte de los jesuitas marcó con el sello de la autenticidad las posturas que defendieron para encontrar solución a la guerra. Además, logró que mucha más gente, y gente ubicada en posiciones de influencia, diera a sus razonamientos y propuestas seria atención. Su muerte contribuyó así al inicio de una negociación profunda que enfrenta por vez primera los verdaderos puntos críticos que se juegan en el conflicto salvadoreño.

Si se piensa que, estando vivos, tuvieron influencia con sus planteamientos en la estrategia del FMLN para terminar el conflicto salvadoreño, no por la fuerza militar, sino haciendo también propuestas negociadoras, aún se valorará más lo que su muerte pesó para forzar al gobierno salvadoreño y al de Estados Unidos para entrar por los caminos de la negociación e incluso de la desmilitarización. La fuerza de la razón universitaria y profética, puesta más de manifiesto por la impotencia frente a la violencia que los asesinó, ha puesto ahora en desventaja a la razón de la fuerza.

Dentro de El Salvador, algunos de los movimientos más promisorios del pueblo, los que han reivindicado con éxito la reubicación de desplazados y la repatriación de refugiados, han vinculado sus esbozos de una nueva sociedad, espacios de humanización y aun de poder popular rescatados del poder represor, con la memoria de estos jesuitas intelectuales que estuvieron desde la universidad a su servicio. Así, la repatriación de Meanguera, en Morazán, se llama hoy "Ciudad Segundo Montes", la reubicación de Guancorita, en Chalatenango, se llama "Ciudad Ignacio Ellacuría", un cantón ha tomado el nombre de "Ignacio Martín-Baró" y así sucesivamente. El 16 de



noviembre de 1990, primer aniversario de su asesinato, la UCA fue "tomada" por campesinos y pobladores, por miembros de comunidades eclesiales de base, etc., simbolizando así la nueva conjunción entre la universidad y los pobres. Se trata de una cosecha largamente trabajada que fortalece la causa popular y señala rutas por las que seguir abriendo camino.

Se ha comenzado ya el trámite para entablar proceso judicial contra la Fuerza Armada por la masacre de más de mil personas en El Mozote (Morazán), en 1981. Estas víctimas anónimas merecen que esta iniciativa, emprendida antes de que el crimen prescribiera jurídicamente a los diez años, sea apoyada con tanta fuerza como lo ha sido el proceso entablado por los asesinatos de la UCA.

La dominación fundada en la oligarquía, los militares y el gobierno de Estados Unidos, es, en Centroamérica, un proyecto de más de un siglo de raigambre. Es difícil dejar de reconocer que el proceso negociador de 1990 entre el gobierno sal-

vadoreño y el FMLN, mediado eficazmente por el secretario general de la ONU, representa una cosecha magnífica de dos décadas de rebeldía popular y de lucha político-militar de fuerzas revolucionarias. Si se supera la concepción de que sólo se pueden conseguir cambios profundos en una sociedad capturando de una vez el poder del Estado, nadie puede ocultar que el proceso actual de negociación constituye ya un cambio revolucionario, fundante, con probabilidad, de un proceso de cambios profundos en la sociedad salvadoreña.

Tal vez la cosecha más importante que se ha levantado en El Salvador ha sido la pertinacia de los refugiados en mantener la esperanza: en 1983, sin ver la luz desde hacía meses, en los subterráneos de "San Roque", contestaron de la siguiente manera, "dando razón de su esperanza a quienes les preguntaron", como dice la carta primera de Pedro que debe hacer todo cristiano: "leemos los profetas y contemplamos la pasión de Cristo". Les habían preguntado que qué hacían en aquellos días y noches interminables, llenos de la pasividad

y de incertidumbre y si creían que un día podrían volver a sembrar libremente en sus campos —los suyos, los de los cinco millones y no sólo los de cinco mil. Y respondieron casi como en la Biblia.

Lo mismo podemos decir de los reubicados y de los repatriados. Han roturado nuevos siembros, han construido ciudades ("Ciudad Segundo Montes", "Ciudad Ignacio Ellacuría", "Ciudad Romero", "Ciudad Rutilio Grande", la más reciente, la de los repatriados de Nicaragua), han hecho de su herencia campesina un talento fructificado, porque han aprendido a la vez a ser artesanos: carpinteros y sastres, fontaneros y forjadores de metales. Monseñor Romero ha resucitado en todas estas repoblaciones. El caso más notable es el de los refugiados de Colomoncagua, quienes se han distinguido por su organización admirable, por su trabajo indomable y por su decisión indeclinable de regresar a El Salvador. Estas realidades hicieron de aquel campo de refugiados, concebido como un campo de concentración, como un terreno en el cual germinó lo que un día será el nuevo El Salvador y lo que ya es un modelo para todos los centroamericanos rebeldes.

Los que han visitado a los refugiados de Colomoncagua en Meanguera, justo al norte del Torola, en la "Ciudad Segundo Montes", han vuelto a comprobar estas realidades. "Han edificado casas y las están habitando". Así describe Isafas la utopía de su pueblo oprimido. No pueden sembrar muchos granos básicos —la tierra no está apta para eso—, pero mantienen un trueque sabio y fecundo con la población de asentamientos situados más al norte, quienes también han conquistado el espacio para ser sociedad civil en medio de la guerra.

Los refugiados de Estados Unidos se han convertido en los remitentes de divisas más importantes de la economía salvadoreña. Gracias a ellos entran al país tantos dólares como los que entran por la exportación del café. Pero en estas repoblaciones, reubicaciones y repatriaciones, en estos repuntes de la vida, están naciendo los proyectos de una nueva sociedad. Dañados, a veces, por la larga experiencia de vivir subsidiados económicamente. Nunca debemos mitificar y menos al pueblo. Esta es otra forma de despreciarlo con una

mal orientada admiración.

Si, tal como dijo el secretario ejecutivo del comité directivo de la Ciudad Segundo Montes, la solidaridad internacional y sus agencias de ayuda les llegaran a dar lo que ellos —con una sorprendente conciencia de complicados cálculos económicos— iban a pedirles a finales de 1990, probablemente su proyecto económico sería inútil para el país. No por ellos, sino porque sería irreplicable, en las actuales circunstancias internacionales del "nuevo orden" de Washington. Aquel dirigente iba a pedir seis millones de dólares para ocho mil personas, lo cual significa 750 dólares anuales por persona (1,500 en dos años). Si a los cinco millones de salvadoreños se les proporcionara semejante capital, serían necesarios 3,750 millones de dólares (o sea, 7,500 millones de dólares en dos años). Estas cantidades son inalcanzables. Consideremos que Estados Unidos está dando a Nicaragua, para su reconstrucción, apenas 500 millones de dólares en dos años y a Panamá aún menos; en la última reunión de la Comunidad Económica Europea con los países centroamericanos (San José VII), llevada a cabo en Managua, en el mes de marzo, aquélla propuso proporcionar cantidades modestísimas para el desarrollo centroamericano. Todo esto demuestra claramente que al "nuevo sujeto histórico popular centroamericano" le falta la capacidad de creatividad económica, comparable con la capacidad de creatividad política y cultural autónomas.

También en El Salvador, los proyectos del futuro, algo de lo mejor de la cosecha de los ochenta, necesitan aprender a no vivir del subsidio, sino a idear una economía productiva, distributiva y financiera, que sea viable para un pueblo dispuesto a poner a rendir su cultura de trabajo. Porque El Salvador no necesita recrear, como Nicaragua, esta cultura, sino que está marcado por ella.

4.2. En Guatemala, crisis del ejército

Es menos evidente descubrir la cosecha sembrada en Guatemala con tan excesivo dolor. Probablemente no hay en América Latina un pueblo que haya sido masacrado tan brutalmente como el de Guatemala, desde que en 1954 la CIA organizó el golpe que acabó con su naciente democracia

(1944-1954). Sin embargo, al final de la década, un ejército poderoso, el más sistemático e independiente de Centroamérica, no sólo no ha logrado acabar con la amenaza guerrillera, sino que la guerrilla ha crecido, ha extendido el teatro de la guerra, acercándose incluso a la capital. Además, la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca se ha convertido, en 1990, en un interlocutor respetable para la comunidad internacional para la Comisión Nacional de Reconciliación, para los partidos políticos, para el CACIF empresarial, para las organizaciones religiosas y para las organizaciones populares y las instituciones culturales más importantes.

Por vez primera en los años de terror, toda una población indígena en el municipio de Santiago Atitlán se reveló contra la arbitrariedad del ejército y, a pesar de una masacre de diecisiete personas, no se arrendó, consiguiendo al fin que el presidente Cerezo tuviera que retirar de Santiago Atitlán al destacamento militar. También por vez primera las "Comunidades de Población en Resistencia" de la sierra quichelense, alrededor del triángulo Ixil, han logrado quebrar el muro del silencio y hacer que su clamor de ser tratadas como población civil sin pagar el precio de ser concentradas en aldeas modelo, resonara por todo el país e internacionalmente. Si se consolidan las fracturas entre el ejército y la burguesía, entre la sociedad civil y el ejército, y se ensancha la brecha de credibilidad que mina al ejército como sector dirigente de un proyecto de estabilidad del Estado, ningún sufrimiento habrá sido en vano.

4.3. Honduras: las organizaciones populares buscan autonomía

Más lejos aún, en términos de cosecha de la movilización popular, se encuentra Honduras. Sin embargo, la tenacidad inquebrantable, que una y otra vez conduce al pueblo a buscar esquemas organizativos populares, sobrevive a todos los mecanismos de mediatización que ya hemos mencionado. En este año de 1990, además de organizar una huelga bananera más fuerte que la legendaria de 1954, desarticulada finalmente sólo a través de la militarización de las plantaciones, el signo más esperanzador parece ser la decisión de un grupo

de organizaciones populares de afirmar su autonomía orgánica respecto de los partidos de izquierda, tradicionalmente fraccionados y fraccionantes del movimiento popular. Con esta decisión, la nueva "Plataforma de lucha" de varias organizaciones populares puede haber dado un paso crucial, aunque modesto aún, hacia su mayor vinculación con las bases y con el pueblo no organizado, encontrando un nuevo mecanismo estructural que la preserve de una absorción por los políticos y le permita jugar todo su potencial en la sociedad civil. En una sociedad de tanta miseria como la de Honduras, la lucha ética contra la venalidad de los dirigentes populares tiene que ser reforzada orgánicamente, consagrando la autonomía de sus organizaciones respecto de los partidos y del estado.

4.4. Panamá: hacia la superación popular de la invasión

Para el pueblo panameño, cuya inmensa mayoría recibió a los invasores norteamericanos como liberadores en 1989, las dos grandes marchas de la Coordinadora Nacional por el Derecho a la Vida —el 16 de octubre y del 5 de diciembre de 1990— significan una rápida recuperación popular, tanto de la combatividad para satisfacer las necesidades fundamentales como para recuperar la soberanía. Es importante que esas demostraciones de oposición a un régimen, doblegado por un ajuste estructural fondomonetarista sin mitigaciones y por la continua presencia de tropas norteamericanas en su territorio, hayan brotado de organizaciones populares reconstruidas y no de partidos políticos marcados por el pasado. El gobierno de Endara no mostró más imaginación para enfrentar a esta oposición popular que tratar de enlodarla con el descubrimiento oportuno de una conspiración contra la democracia y de una pantomima de intento de golpe de Estado.

El terrible desgaste del gobierno, electo en mayo de 1989 con el 70 por ciento de los votos, muestra de nuevo que no hay proyecto ajeno que tenga en nuestros países posibilidades de éxito. Las dos coaliciones organizadas electoradamente en 1989 por Estados Unidos y financiadas con dólares de la Fundación para la Democracia —la panameña y la nicaragüense— terminaron el año

1990 con hondas divisiones, producto de su artificialidad. Su dependencia de la ayuda norteamericana y la mezquindad con que Estados Unidos las ha tratado, desenmascaran el lastre antinacional en el carácter de estas coaliciones opositoras, marcadas más por antitendencias que por tendencias positivas.

4.5. Costa Rica: el deterioro popular encubierto por la democracia

No hemos hablado de Costa Rica. Toda la evolución de la sociedad costarricense en los ochenta apunta hacia la pauperización de la pequeña propiedad campesina. Esto se traduce en el aumento, en las ciudades, de una migración rural acosada por el alcoholismo y la prostitución; ahí van a parar muchos de los beneficios sociales por desempleo, que nunca derivan hacia nuevos em-

pleos. Sin embargo, el escenario costarricense, donde se siguen representando con elegancia los papeles de la democracia, mantiene aún al pueblo empobrecido dentro del consenso nacional. Ello muestra la fuerza de la aspiración popular a decir una palabra social con el voto. Por otro lado, el gran desarrollo del solidarismo erosiona a las organizaciones sindicales que, en su impotencia para contener internamente el deterioro de las oportunidades y la creciente desigualdad que discrimina a los sindicalistas, han planteado un juicio en la Organización Internacional del Trabajo contra el gobierno de Costa Rica. Mientras los empobrecidos de Costa Rica no logren desenmascarar el aspecto perverso de un sistema complejo que los empobrece cada vez más, los pobres de Centroamérica tendrán en los pobres de Costa Rica una especie de caballo de Troya.

